

—¡Viva México! exclamó Morales con entusiasmo.

—¿En dónde está el general Díaz? preguntó Ramón.

—El general Díaz está en campaña y nosotros estamos por aquí encargados de mandarle gente. En la actualidad debe estar ocupando con dos ó tres mil hombres las gargantas de las montañas que conducen á Etila por donde avanzan poco á poco las columnas de los franceses.

—Entonces llegamos á tiempo para combatir á su lado.

—La guerra ahora comienza, dijo Morales.

Luego dirigiéndose al alcalde:

—Señor alcalde. dé usted unas buenas camas á estos muchachos para que duerman bien y descansen, pues muy temprano tendremos que salir para Oaxaca.

Diciendo esto echaron un sorbo y se separaron.



CAPITULO XIX

EL PASEO TRIUNFAL

YA tiene V. M. despejados todos los caminos desde aquí hasta Guadalajara, dijo Bazaine á Maximiliano en la muy fresca mañana del 9 de Agosto, estando ambos sobre la terraza del castillo de Chapultepec.

—He estado observando la gran batida que ha hecho el ejército de V. E. bajo su acertada dirección y sólo tengo que lamentar la sangre que se ha derramado.

—Pero debe consolarnos saber que la sangre francesa que ha corrido ha sido muy poca comparada con la de los bandidos mexicanos.

—Algunas cortes marciales las ejecutan con encarnizamiento.

—Esas cortes las componen las gentes del país: ¿qué nos importa que se acaben unos con otros? precisamente esa fué nuestra grande idea al encargar á los mexicanos de esa justicia, porque es muy cierto

un refrán que dice que no hay astilla peor que la del propio palo.

—No olvidemos, Señor general, que los mexicanos son mis súbditos y que México es mi nueva patria.

—A la cual sin embargo es necesario purgar de sus elementos mal sanos reformándolos desde sus cimientos.

—Puede V. E. dictar las medidas de su resorte para dentro cuatro días. El día diez me pondré en camino.

Bazaine se inclinó y salió yéndose en seguida Maximiliano á las habitaciones de la Emperatriz, la cual oyó con júbilo la noticia, pues que iba á quedarse de Regente, esto es, con todo el peso de los asuntos del gobierno durante la ausencia de su imperial consorte.

El día designado se llenó desde muy temprano con toda la gente cortesana el alcázar de Chapultepec y á las nueve y media se presentó Maximiliano vestido al estilo del país, despidiéndose de sus ministros y generales, de sus consejeros y magistrados, de Bazaine y Woll, gran mariscal en ciernes y gran caballero, respectivamente, así como de los demás magnates del señorío. Carlota lo acompañó hasta el lindero del bosque recibiendo sus recomendaciones.

—Sí, sí, dijo la Emperatriz después de haberle estado escuchando muy nerviosa, procuraré que al regreso de V. M. se hayan multiplicado las simpatías de los habitantes de México en favor del Imperio.

Montó Maximiliano en su carroza de camino, seguido de numerosa comitiva y escoltado además por dos escuadrones de caballería mandados por el coronel Miguel López, su hombre de confianza, y por cien

húsares franceses á las órdenes del comandante Loy-sel que llevaba instrucciones especiales de Bazaine para los jefes franceses que se encontraban al frente de los destacamentos.

Se habían expedido circulares por disposición de Maximiliano para que no se hicieran gastos de recepción en las poblaciones que iba á tocar, con lo cual todas las autoridades tuvieron tiempo de prepararse, pues entendieron como debían entender que precisamente lo que se quería era hacer muy pública aquella gira imperial á fin de que se multiplicaran las manifestaciones. Maximiliano no se disgustó por lo mismo de ver cubierto de flores su camino, de oír los cohetes, camarazos y discursos, ni de ver que salieran grandes grupos de indígenas con banderolas y músicas á victorearlo.

Así, debajo de arcos verdes y sobre una alfombra de flores, muy agasajado por los imperialistas del nuevo cuño que se habían improvisado en el interior, gastó el Emperador siete días para llegar á Querétaro con su gran acompañamiento.

En esta ciudad fué extraordinario el agasajo que le hicieron la capa más alta y la capa más baja de la población, bien que las dos estuvieron bastante bajas en sus adulaciones. Muchos dísticos, muchos cantos, muchas flores, muchos arcos, muchos cohetes, muchos repiques y muchos gritos de la plebe ahogando el fru fru de los vestidos de seda de las damas que acudían á rendir también el pleito homenaje, fueron las notas más salientes de la jornada, en Querétaro, ciudad muy adicta á los bandos monárquicos y muy afecta á las verbenas clericales.

—¿Y el obispo de aquí? preguntó Maximiliano luego que vió que el *Te Deum* era cantado por un cura cualquiera.

—Se fué, le contestó el canónigo que se puso á su lado al descender S. M. del trono.

Maximiliano se puso de un humor negro y dijo por lo bajo á su secreterio Iglesias:

—Es necesario poner en cintura á estos clerizontes insolentes.

Y como esta fué una de las cosas más chuscas que hubo en aquel viaje, es necesario copiar los documentos á que el incidente prestó materia.

«Querétaro, Agosto 17 de 1864.—A S. E. el Ministro de Estado.

En estos tiempos de miseria, muy sorprendido ha quedado el Emperador al no encontrar al obispo de Querétaro en su diócesis, á donde le llaman sus deberes.—Le invita S. M. á que venga inmediatamente á ésta en la primera diligencia.—S. M. quiere hablar con él.—Respuesta inmediata.

El Secretario del gabinete del Emperador.

ANGEL IGLESIAS.»

«México, 17 de Agosto de 1864.—A las nueve de la noche.

Sr. Secretario de S. M. D. Angel Iglesias.

En el momento que recibí esta noche el despacho de Vd. fuí yo mismo á ver al Señor Obispo de esa diócesis y no hallándolo en su casa, lo busqué en la de sus parientes en donde me dió la contestación fir-

firmada que transcribo á vd. para que se sirva dar cuenta con ella á S. M. el Emperador, felicitándolo por su feliz arribo á esa ciudad.

«El obispo se ha detenido en esta ciudad: 1º Porque «está reponiendo el expediente de la erección del obispado que salió muy defectuoso, y esto por encargo del Ilmo. Sr. Munguía, delegado apostólico, para dirimirlo. 2º Porque el edificio que se señaló para Palacio Episcopal, está inhabitable, y *no es decoroso á su alta dignidad el que fuera como huésped á una casa.* 3º Porque tiene que llevar sus libros, muebles y *crecida familia*, y no es propósito la presente estación para emprender un viaje de esta naturaleza.

El Obispo de Querétaro.

«S. M. la Emperatriz está buena.—El Ministro de Estado, VELAZQUEZ DE LEON.»

Maximiliano se mordió los labios hasta hacerse sangre, cuando se le dió cuenta con semejante telegrama que hería en lo más vivo su alto carácter, y dijo:

Mañana, para no dejarme dominar hoy de la cólera, dictaré el acuerdo sobre ese. . . .

Al día siguiente, en efecto, dictó él mismo lo que sigue:

«Querétaro, Agosto 18 de 1864.

El Emperador, al Sr. Velazquez de León, Ministro de Estado.

Ya que el obispo impedido por negocios de familia, no puede venir á cumplir con sus deberes, yo salgo pasado mañana, para las poblaciones de la sierra á hacer bautizar en mi presencia á personas de 25 años que aún no han recibido este sacramento, y á hacer

confirmar y administrar los demás sacramentos á aquellos habitantes abandonados hace tiempo.

El telegrama de ayer y la contestación del obispo los mandaré por el próximo paquete á Roma para que se vea en que *dignas* manos está la diócesis de Querétaro.

MAXIMILIANO.

¡No podía darse mayor prueba del despecho que estaba devorando al Emperador por el desaire que le hacía un obispillo cualquiera que creía ajar su decoro alojándose en otro sitio que no fuera su propio palacio, cuando el monarca en persona iba durmiendo en diversas camas y alojándose en las casas que se le designaban!

Quitando este pequeño contratiempo y el de haberse enfermado de anginas S. M., en Silao, mal que le hizo permanecer en el lecho más de una semana, continuó exhibiéndose y ganando prosélitos en las poblaciones pequeñas con toda felicidad. Las gentes se amontonaban para verle pasar como la cosa más rara del mundo, pues nunca habían sabido lo que era un monarca ni podían figurárselo y todos querían contemplarlo de cerca, oírlo hablar y algunos hasta tocarlo, admirándose de no encontrarle nada notable más que sus patillas rubias, pues que en todo lo demás era lo mismo que los otros mortales, y aún sujeto como cualquiera hijo de vecino á enfermarse de la garganta.

Como esta enfermedad fué un poco cruda, puso en alarma á todo el gremio imperialista y se emitieron con ese motivo varias opiniones: unos, los que se llamaban liberales moderados, que se designaban tam-

bién con el mote de pancistas, proponían que se hiciera una manifestación imponente; otros decían que se debía esperar á que los acontecimientos mismos desenlazaran la situación; pero los monarquistas aferrados manifestaron que no prescindirían del apoyo de Napoleón, y que á lo más, se permitirían indicarle que nombrara al conde de Flandes hermano de Carlota para sucesor de Maximiliano. Estaban en su más alto punto las discusiones y proyectos, cuando llegó la nueva de que S. M. estaba fuera de todo peligro. La convalecencia fué rápida y á poco se dirigió para Irapuato, citando para ese punto al Gral. Uruga, que ya había sido conquistado por Bazaine, sirviéndole de intermediarios D. Benito Gómez Farias y el canónigo Caserta, del Cabildo de Guadalajara.

A las doce del día llegó Uruga á la población, fué recibido luego por S. M., quien lo convidó á su mesa y cuando se separaron quedaron los dos encantados de la conquista que habían hecho. Maximiliano creyó tener en la bolsa al mejor de los generales mexicanos, y Uruga tuvo por seguro, no sólo ocupar un puesto distinguido en la Corte, sino en el corazón de Maximiliano.

Cuando se despidió el general, dijo Maximiliano á su ministro de la guerra, el Gral. Peza:

—Ahora sí creo consolidado el imperio. Zaragoza muerto, González Ortega desprestigiado, y Uruga y Vidauri con nosotros, ¿qué generales quedan á la República?

El ministro se sonrió y le dijo:

—Todavía no está cerrada la lista de los defensores en las filas liberales.